

delante de aquel miserable á quien ciertamente no amó? Su razon y su valor palidecian ante estas contradicciones de su sér en el que no leía con claridad, y se apresuró á atravesar la seccion.

El instinto la hizo alzar la cabeza al atravesar la puerta abierta por un inspector. Vió á Mouret en lo alto de la escalera, sobre el descansillo central, dominando la galería. Pero no se acordaba del inventario, no veía su imperio ni aquellas riquezas que crujían á sus piés. Todo habia desaparecido para él: las ruidosas victorias de ayer y la colosal fortuna del mañana. Siguió á Dionisia con una mirada desesperada, y cuando aquélla pasó la puerta... nada: la casa se quedó para él oscura y vacía.

## XI

Bouthemont llegó aquel día el primero á casa de la señora Desforges al té de las cuatro. Estaba sola en su gran salon Luis XVI, cuyos bronces y brocateles parecían brillar alegres, y se levantó diciendo:

—¿Qué hay?

—Que cuando le dije que subiria á saludaros—contestó el jóven—me prometió formalmente que vendria.

—¿Le dijisteis que vendria el Baron?

—Sin duda... Eso fué lo que pareció decidirle.

Hablaron de Mouret. El año anterior, parecia muy inclinado á Bouthemont hasta el punto de admitirle en sus placeres. Se presentó á Enriqueta, contento por tener un confidente que rompiese algo la aridez de aquellas relaciones que ya le cansaban. Así fué que el primero de la seccion de sederías acabó por ser el confidente de su principal y de la jóven viuda: hacía sus encargos, hablaba al uno del otro, y los ponía en paz muchas veces. Enriqueta se abandonaba en las crisis de sus celos á una intimidad de que ella misma se sorprendia, pues perdía su aplomo de mujer de mundo, que tiene en cuenta ante todo las apariencias.

—Era preciso haberle traído—repuso ella violentamente;—así hubiese estado segura.

—No es culpa mia, señora—dijo él sonriendo.—Se me escapa hace algunas semanas. ¡Oh! me quiere bien, porque sin él lo pasaría yo mal en la casa.

Su situacion en *La Dicha de las Damas* estaba, efectivamente, amenazada desde el último inventario. Se agarró al pretexto de lo lluvioso de la estacion; pero el considerable sobrante de sedas de fantasia no se le perdonaba, y como Hutin explotaba la situacion minándole rabiosamente el terreno, sentia crujir el suelo bajo sus piés. Mouret le habia condenado, tal vez aburrido de un tes-



tigo que le impedía romper aquellas relaciones, y fatigado de una familiaridad sin beneficios. Pero ponía por delante á Bourdoncle según costumbre: éste y los demás consocios exigían la despedida de Bouthemont en cada consejo. Miéntas, él resistía—según decía—defendiendo á su amigo, arriesgando las mayores molestias.

—En fin, esperaré—replicó la señora Desforges.—Ya sabéis que esa jóven debe venir á las cinco. Quiero ponerles en presencia uno de otro, y tener su secreto.

Volvió sobre su meditado plan, y repitió febrilmente que había rogado á la señora Aurelia le enviase á Dionisia para ver un abrigo que le estaba mal. Cuando tuviese á la jóven en su cuarto, encontraría medio de llamar á Mouret y obraría en seguida.

Bouthemont, sentado frente á ella, la miraba con sus ojos alegres, que procuraba poner serios. Aquel jovial compadre de barba negra, confidente alegre cuya sangre gascona le coloreaba el rostro, creía que no eran santas las mujeres de mundo y que sacaban mucho trapo sucio cuando vaciaban su saco. Las queridas de sus amigos, oficialillas de tienda, no se permitían confidencias tan completas.

—Veamos qué puedo hacer por vos—dijo.—Os juro que nada hay entre ellos.

—¡Precisamente!—exclamó ella.—Á ésta la ama. Me río yo de las otras, de los encuentros de un día.

Habló con desden de Clara. Se le dijo que desde la negativa de Dionisia se había aplicado Mouret á aquélla otra vez, por cálculo sin duda. La sostenía en la seccion y la colmaba de regalos. Desde hacía tres meses llevaba una vida terrible de placeres, sembrando el dinero con una prodigalidad que daba qué hablar. Había comprado un hotel á una de entre bastidores y era comido por otras dos ó tres que parecían luchar á ver á cuál de ellas se le ocurría un capricho más caro y más estúpido.

—Es la culpa de esa criatura—dijo Enriqueta.—Comprendo que se arruina con otras por la repulsa de esa jóven. Á mí no me importa su dinero: mejor le querría pobre. Vos, que sois nuestro amigo, sabéis cuánto le amo.

Se detuvo, casi á punto de llorar, y con un movimiento de abandono tendió las manos á Bouthemont. Era cierto que amaba á Mouret por su juventud y sus triunfos; jamás la había conquistado así un hombre, en el estremecimiento de su carne y de su

orgullo. Á la idea de perderle se le representaban sus cuarenta años y se preguntaba con terror cómo reemplazaría aquel grande amor.

—Me vengaré—murmuraba;—me vengaré si me trata mal.

Bouthemont la tenía cogidas las manos. Aún era bella; pero sería una querida cargante y no le gustaba aquel género. La cosa merecía reflexionarse: tal vez convendría pasar por los fastidios que proporcionaría.

—¿Por qué no os estableceis?—preguntó ella de pronto y desasiéndose.

Él se quedó asombrado y respondió:

—Porque se necesitan fondos considerables. Hace un año me rompía la cabeza con esa idea. Podría hallarse en París clientela para uno ó dos grandes almacenes, pero sabiendo escoger el barrio. El *Bon-Marché* tiene la orilla derecha del río; el *Louvre*, el centro, y nosotros acaparamos en *La Dicha* los barrios ricos del Oeste. Queda la parte Norte en que puede hacerse la competencia á la plaza Clichy. Descubrí un sitio soberbio, detras de la Ópera...

—¿Y qué?

Bouthemont rió ruidosamente.

—Figuraos que cometí la torpeza de hablar de esto á mi padre, y fui bastante tonto para encargarle que buscara accionistas en Tolosa...

Refirió jovialmente la cólera del buen viejo, irritado con los grandes bazares parisienses en el fondo de su tiendecilla de provincia. El viejo, á quien sofocaban los treinta mil francos ganados por su hijo, respondió que daría su dinero y el de sus amigos á los hospicios, ántes que contribuir con un céntimo á levantar uno de esos almacenes, que eran las casas de prostitucion del comercio.

—Ademas—concluyó el jóven—harían falta millones.

—¿Y si se encontráran?—dijo sencillamente la señora Desforges.

Él la miró poniéndose serio. ¿Eran sólo palabras de mujer celosa? Ella no le dió tiempo para preguntar, y añadió:

—Ya sabéis cuánto me intereso por vos. Hablarémos de ello otra vez.

Sonó el timbre del recibimiento. Ella se levantó y él retiró instintivamente su silla, como si se fuese á sorprenderles. Hubo



un silencio en el salón de rientes tapices, provisto de tal profusión de plantas, que había como un pequeño bosque entre las ventanas. La señora Desforges, de pie y con el oído atento, esperaba.

—Él es—murmuró.

El criado entró y anunció:

—El señor Mouret: el señor de Vallagnosc.

Enriqueta no pudo contener un gesto de cólera. ¿Por qué no venía solo? Había ido sin duda á buscar á su amigo ante el temor de una disputa posible. Sonrió, sin embargo, y tendió la mano á los dos jóvenes.

—¡Qué poco se os ve, señor Mouret, y también á vos, señor de Vallagnosc!

Su temor era el de engruesar mucho, y así se apretaba con corpiños de seda negra para contener aquel desbordamiento. Al presente era aún fina su cabeza, rodeada de negros cabellos. Mouret la dijo familiarmente, envolviéndola en una mirada:

—Es inútil pedirnos noticias vuestras: estáis tan fresca como una rosa.

—Sí, me encuentro bien, aunque hubiera podido morir sin que supierais una palabra.

Ella le examinaba: estaba nervioso y cansado, con las pupilas fatigadas y el color plomizo.

—Bueno—dijo con tono que quiso hacer jovial—no os devuelvo vuestra adulación, no tenéis hoy buena cara.

—El trabajo—dijo Vallagnosc.

Mouret respondió con un gesto indefinible. Acababa de ver á Bouthemont, y le dirigió un saludo amistoso con la cabeza. En los tiempos en que eran muy amigos, él mismo le sacaba de la sección á la hora de mayor trabajo, y le llevaba á casa de Enriqueta. Pero habían cambiado las cosas, y le dijo á media voz:

—¡Tempranito habeis salido!.. Ya sabeis que se han apercebido de vuestra salida y que están furiosos con vos.

Hablaba de Bourdoncle y los otros consocios, como si no fuera él el amo.

—¡Ah!—murmuró Bouthemont.

—Sí, sí... tengo que hablaros. Esperadme y nos iremos juntos.

Enriqueta se había sentado y escuchaba á Vallagnosc, quien la anunciaba la probable visita de la señora de Boves, pero sin quitar ojo de Mouret. Éste se había quedado silencioso, y miraba á

los muebles y al techo como quien busca algo. Luégo, como ella se quejase de que sólo iban hombres á su té de las cuatro, Mouret dejó escapar esta frase:

—Creí encontrar al Baron.

En seguida notó la dureza de lo dicho, y quiso atenuarlo:

—El Baron es uno de nuestros fieles. ¡Hombre de gusto!

Enriqueta palideció. Comprendió que había ido á su casa para ver al Baron, pero podía no haberla arrojado así su indiferencia al rostro. En aquel momento se abrió la puerta y apareció el criado. Enriqueta le interrogó con un movimiento de cabeza, y aquél se inclinó y la dijo en voz baja:

—Es por lo del abrigo. ¡Como la señora me recomendó que la avisase!.. Ahí está esa señorita.

Enriqueta alzó la voz para que se la oyese, y todo el sufrimiento de sus celos se desahogó en estas palabras despreciativas:

—¡Que espere esa señorita!

—¿La hago entrar en el gabinete de la señora?

—No, no; que se quede en el recibimiento.

Cuando se fué el criado siguió tranquilamente su conversacion con Vallagnosc. Mouret escuchó, sumido en su laxitud con poca atención y sin comprender; Bouthemont reflexionaba, preocupado con la aventura. De pronto se abrió la puerta y entraron dos señoras.

—Imaginaos que bajaba del coche—dijo la señora Marty—cuando vi entrar á la señora de Boves.

—Sí—dijo ésta—me ha ordenado mi médico que ande.

Hubo cambio general de apretones de manos, y preguntó á Enriqueta:

—¿Conque tomáis doncella nueva?

—No—dijo curiosamente aquélla;—¿por qué?

—Como he visto en el recibimiento una jóven...

Enriqueta la interrumpió riendo:

—¿Verdad que todas esas chicas de tienda parecen doncellas? Es una dependiente que viene á probarme un abrigo.

Mouret sospechó algo y la miró: ella siguió contando, con falsa alegría, que había comprado aquella confeccion en *La Dicha de las Damas* la pasada semana.

—¡Toma!—dijo la señora Marty—¿ya no os viste la Souveur?

—Sí, hija, pero he querido probar, pues quedé contenta con



mi primera compra : un abrigo de viaje. Esta vez no ha sucedido lo mismo. Se viste mal en vuestro almacén, no me oculto para decirlo. Nunca vestiréis á una mujer que se precie de elegante.

Mouret, no defendió su casa. La miraba fijamente, pensando que Enriqueta no se atrevería á hacer lo que él sospechaba. Bouthemont tomó la defensa de *La Dicha*.

— Si se os dijese el número de señoras del gran mundo que se visten en casa, os asombraríais. Encargaos un traje á medida y tan bueno como uno de la Souveur : os costará la mitad ménos; pero parece que porque son más baratos son peores.

— ¡ Y qué ! ¿ es qué no os sirve esa confeccion ? — preguntó la de Bovés. — He conocido á esa señorita al atravesar el recibimiento.

— Sí — añadió la de Marty — recuerdo dónde vi esa cara... Id; no os detengáis por nosotros.

— ¡ Oh ! no corre prisa — dijo Enriqueta con aire desdenoso.

Las señoras siguieron discutiendo los trajes de los grandes almacenes. Luégo habló la de Bovés de su marido, que se había ido de inspección para visitar el depósito de sementales de Saint-Lô. Enriqueta refirió que la enfermedad había hecho salir precipitadamente á la señora Guibal para el Franco Condado. No esperaba la visita de la de Bourdelais, porque todos los fines de mes se encerraba con una costurera para reparar la ropa de sus pequeños. La señora Marty parecía agitada por sorda inquietud. La situación de su esposo estaba amenazada en el liceo Bonaparte, á consecuencia de unas lecciones dadas por el pobre señor en las instituciones láicas, en donde se traficaba con los títulos de bachiller. Buscaba dinero como podía febrilmente, para proveer al prurito de gastar que desmoronaba su casa. Al verle llorar su mujer una noche ante el pensamiento de una cesantía, pensó en utilizar á su amiga Enriqueta cerca de uno de los directores del Ministerio de Instrucción pública á quien conocía. Enriqueta la tranquilizó. El señor Marty vendría á saber lo que hubiera y darla las gracias.

— Teneis mala cara, señor Mouret — dijo la señora Bovés.

— ¡ El trabajo ! — repitió Vallagnosc, con irónica flemma.

Mouret se levantó como irritado por abandonarse así, y tomando sitio entre aquellas señoras recobró toda su gracia. Le preocupaban las novedades de invierno y esperaba un surtido considerable de encajes. La de Bovés le preguntó el precio de la puntilla

de Bruges, que tal vez compraría. Había economizado dos francos de un coche y se había puesto mala delante de un escaparate. Llevaba un abrigo de dos años de fecha, y se probaba mentalmente sobre sus hombros de reina las telas caras que veía. Era como si se las arrancáran de la piel, cuando al despertarse se veía vestida con aquellos trapitos, desesperando de satisfacer jamás su pasión por las cosas ricas.

— ¡ El señor Baron ! — anunció el criado.

Enriqueta notó con qué fruición estrechó Mouret la mano al recién venido. Éste saludó á las señoras y miró al jóven con el aire sutil que iluminaba su grueso rostro de alsaciano.

— Siempre con los trapos — murmuró sonriendo.

Y se permitió añadir, como íntimo de la casa:

— ¡ Qué preciosa jóven hay en el recibimiento !.. ¿ quién es ?

— Nadie — contestó la señora Desforges malévolamente ; — una oficiala que espera.

Quando el criado sirvió el té, dejó la puerta entreabierta. Entraba y salía, poniendo sobre el velador el servicio de china y platos con *sandwichs* y bizcochos. El vasto salón estaba alumbrado por viva luz amortiguada por las plantas, y cada vez que la puerta se abría, percibíase un oscuro rincón del recibimiento iluminado por la luz que entraba por los cristales raspados. En aquella oscuridad había una sombra inmóvil y paciente : Dionisia, que esperaba en pié, á pesar de haber una banqueta de la que la alejaba su orgullo que sentía herido. Hacía media hora que estaba allí sin hacer un gesto ni decir una palabra. Las señoras y el Baron la miraron al pasar. Las voces del salón llegaban á ella en ráfagas ligeras : aquel lujo se quebraba en su indiferencia. Al entreabrirse la puerta apercibió á Mouret : él la había adivinado también.

— ¿ Es una de vuestras oficialas ? — preguntó sencillamente el Baron.

Mouret ocultó su turbación, pero la emoción dió ligero temblor á su voz.

— Sí será, pero no sé cuál de ellas.

— Es la rubita de las confecciones — respondió oficiosamente la de Marty. — La que es segunda ahora, según creo.

Enriqueta le miró á su vez.

— ¡ Ah ! — dijo simplemente.

Mouret trató de hablar de las fiestas del paso del Rey de Pru-



sia por París, pero el Baron insistió maliciosamente sobre las oficiales de los grandes almacenes. Afectaba querer enterarse y preguntaba de dónde venían por lo general y si tenían tan malas costumbres como se decía. Se entabló discusión sobre esto.

— Pero ¿ las creéis virtuosas? — repetía.

Mouret defendía su virtud con una convicción que hizo reír á Vallagnosc. Bouthemont intervino en favor de su jefe. Había de todo entre ellas: poco aprensivas y honradas, pero el nivel de su moralidad subía. En otros tiempos sólo iban al comercio de novedades los deshechos del comercio y las jóvenes perdidas; pero ahora, hasta familias de la calle Sévres educaban sus hijas para el *Bon-Marché*. En suma, que cuando querían ser buenas lo eran, porque no estaban en el caso de las obreras de París, que tienen que mantenerse y pagar casa; tenían cama y mesa, y veían asegurada su existencia, un tanto dura ciertamente. Lo peor era su situación neutra entre tenderas y damas. Arrojadadas así en el lujo, sin instrucción muchas veces y tomando por contacto gustos superiores á su condición, formaban una clase singular y sin clasificación. De ahí salían sus miserias y sus vicios.

— Yo — dijo la de Boves — no encuentro criaturas más desagradables; es cosa de pegarlas.

Aquellas damas exhalaban su antipatía. Era el devorar de los mostradores: la mujer contra la mujer, con sentimiento agudo de rivalizar en dinero y belleza.

— Dejad — dijo Enriqueta — que esas desgraciadas se vendan como sus mercancías.

Mouret sonrió forzosamente. El Baron le miraba, encantado del dominio que tenía sobre sí mismo. Entonces llevó la conversación á las fiestas en honor del Rey de Prusia, diciendo que serían soberbias, y que todo el comercio parisien se aprovecharía de ellas. Enriqueta callaba, pensandó y dudando entre el deseo de retener más tiempo á Dionisia en el recibimiento y el temor de que, prevenido Mouret, se fuera. Se levantó de su butaca y dijo:

— ¿ Permitís?

— Ya lo creo, querida — dijo la de Marty. — Yo haré los honores de la casa.

Se levantó, tomó la tetera y llenó las tazas. Enriqueta se volvió hácia el Baron:

— ¿ Os quedaréis un rato?

— Sí; tengo que hablar con el señor Mouret. Nos vamos á ir al saloncito.

Enriqueta salió, y su vestido, al rozarse con la puerta, produjo un ruido semejante al de una culebra arrastrándose por las malezas.

En seguida maniobró el Baron para llevarse á Mouret, dejando á aquellas damas con Bouthemont y Vallagnosc. Hablaron ante la ventana del saloncito, de pié y en voz baja. Era un negocio nuevo. Hacía tiempo acariciaba Mouret la idea de llevar á cabo su antiguo proyecto: la invasión de la manzana entera, desde la calle Monsigny á la de la Michodière, y de la Neuve-Saint-Augustin á la del Dix-Décembre. En el enorme solar había aún un vasto terreno que no le pertenecía. Bastaba esto para nublár su triunfo, atormentado por el deseo de completar su conquista y levantar, como apoteosis, una fachada monumental. Mientras la entrada principal estuviese en la calle Neuve-Saint-Augustin, calle oscura del antiguo París, su obra carecería de firmeza y de lógica. Quería verse frente al París nuevo, sobre una de las nuevas avenidas por donde pasaba en plena luz el desfile de fin del siglo; veía aquella fachada dominar é imponerse como el palacio gigantesco del comercio, y hacer más sombra que el viejo *Louvre*. Pero había chocado con la terquedad del *Crédito Inmueble*, que seguía en su tema de levantar á lo largo de los solares una competencia al Gran Hotel. Los planos estaban dispuestos, y sólo se esperaba á que quedase desembarazada de escombros la calle del Dix-Décembre para empezar los trabajos. Con un supremo esfuerzo casi convenció Mouret al Baron.

— Bueno — dijo éste; — ayer tuvimos consejo y he venido deseando encontraros y teneros al corriente. Resisten en el *Crédito*.

El joven hizo un gesto nervioso.

— No es razonable... ¿ Qué dicen?

— Dicen lo que ya os dije yo mismo. Vuestra fachada no es más que un adorno: las nuevas construcciones sólo ensancharán en una décima parte nuestros almacenes.

— ¡ No importa! exclamó Mouret. ¡ Comprended que se duplican nuestros negocios! En dos años recobramos el capital. ¡ Qué representa lo que llamáis terreno perdido, si os da un interés enorme! Veréis al gentío cuando nuestra clientela no tenga



que entrar por la calle Neuve-Saint-Augustin, y pueda circular con libertad por una calle en que quepan seis coches de frente y á su gusto!

— Sin duda — replicó riendo el Baron. — Pero no sois un poeta en vuestro género, os lo repito. Esos señores creen que hay peligro en ensanchar vuestros negocios, y tienen prudencia por vos.

— ¡Cómo prudencia! No entiendo. ¿No están ahí las cifras que demuestran el progreso en nuestra venta? Con un capital de quinientos mil francos hago negocios por dos millones. Este capital pasa cuatro veces, llega á cuatro millones y produce negocios por cuarenta millones. En fin, despues de los aumentos sucesivos puedo asegurar, que, fuera del último inventario, la cifra de los negocios se acerca hoy á un total de ochenta millones, y el capital, no aumentado, porque es de seis millones, ha pasado en género sobre nuestros mostradores más de doce veces.

Alzaba la voz golpeando con los dedos de la mano derecha sobre la palma izquierda, pisando los millones como si fueran nueces. El Baron le interrumpió.

— Ya sé... ya sé... Pero ¿no esperaréis subir así eternamente?

— ¿Por qué no? — dijo Mouret sencillamente. — No hay razon para detenerse. El capital puede pasar quince veces, y en algunas secciones hasta veinticinco ó treinta. Y despues... despues hallaríamos medio de hacerle pasar más.

— Entónces... ¿acabaráis por beberos el dinero de París como un vaso de agua?

— Sin duda. ¿No es París de las mujeres, y las mujeres nuestras?

El Baron le puso las manos en los hombros y le miró con aire paternal.

— Oid : sois un buen muchacho, y os quiero... No se os puede resistir. Madurarémos seriamente la idea, y espero hacerles entrar en razon. Hasta ahora sólo mereceis alabanzas. Los dividendos asombran en Bolsa. Tal vez tengais razon : vale más arriesgar en vuestro negocio el dinero, que aventurar esa azarosa competencia al Gran Hotel.

Cesó la excitacion de Mouret, y dió gracias al Baron, pero sin su impetu acostumbrado. El Baron le vió volver la cabeza en direccion al gabinete contiguo, sorprendido de ver que ocultaba su inquietud.

Vallagnosc se aproximó, comprendiendo que ya no hablaban

de negocios. De pié cerca de ellos oyó que el Baron murmuraba con su tono de viejo vividor :

— Yo creo que se vengán.

— ¿Quiénes? — preguntó Mouret con embarazo.

— Pues... las mujeres. Se cansan de ser vuestras, y sois vos de ellas, querido. ¡Justa venganza!

Bromeó porque estaba al corriente de los ruidosos amores del jóven. El hotel comprado á la cómica, las sumas enormes gastadas con jóvenes reclutadas en los restaurants, le distraian y os excusa de lo que habia hecho en sus tiempos. Su vetusta experiencia gozaba con ello.

— No comprendo, verdaderamente — repetía Mouret.

— Ellas dicen siempre la última palabra — siguió el Baron. — Yo decia : no es posible, se alaba á sí propio, no es tan firme como dice... y efectivamente. Coged á la mujer, explotadla como una mina de hulla, porque ella os explotará en seguida y os humillará. Desconfiad, porque os chupará más sangre y más dinero que vos á ella.

Rió más fuerte, y Vallagnosc, que estaba cerca de él, sonreía también sin decir palabra.

— Es preciso gustar de todo — confesó por fin Mouret afectando alegrarse. — El dinero es tonto si no se gasta.

— Lo apruebo — replicó el Baron. — Divertíos, querido. No os predicaré moral yo, ni temblaré por los grandes intereses que os hemos confiado. Hay que sacudirse la polilla : así se tiene más libre la cabeza. No desagrada arruinarse cuando uno se siente capaz de rehacer la fortuna perdida. Pero si el dinero no es nada, hay penas que...

Se calló, sonriendo tristemente : antiguas penas debian pasar bajo la ironía de su escepticismo. Habia seguido la lucha de Mouret y Enriqueta como curioso que aún se interesaba en las batallas del corazon. Sentia que se acercaba la crisis y adivinaba el drama, sabiendo á qué atenerse sobre la historia de cierta Dionisia á quien habia visto en el recibimiento.

— Eso de sufrir no es de mi especialidad — dijo fanfarronamente Mouret. — Basta con pagarlo.

El Baron le miró en silencio, y añadió lentamente, sin insistir en su discreta alusion :

— No os hagais peor de lo que sois. Dejaréis algo más que vuestro dinero : dejaréis vuestra carne.



Y se interrumpió para preguntar de nuevo :

—¿No es cierto que eso sucede, señor de Vallagnosc?

—Así se dice, señor Baron — dijo el jóven.

Entónces se abrió la puerta de la vecina pieza. Mouret iba á contestar y calló. Los tres se volvieron. La señora Desforges, sacando la cabeza, llamó apresuradamente :

—¡ Señor Mouret !

Y al ver á los tres hombres añadió :

— Permitid que os robe al señor Mouret por un momento. Así debe ser, porque me ha vendido un abrigo horrible, y ha de guiarme. Esta jóven es una tonta á quien nada se le ocurre... Os espero.

Él dudaba, retrocediendo ante la escena que preveía ; pero obedeció. El Baron le dijo con aire paternal é intencionado ademas :

— Id, querido ; la señora os necesita.

Mouret la siguió. Cerróse la puerta y creyó oír la risa de Vallagnosc sofocada por los portiers. Estuvo á punto de perder su valor.

Desde que Enriqueta abandonó el salon y supo que Dionisia estaba entre sus celosas manos, sentía ansiedad creciente, tortura nerviosa que le hacia escuchar como si percibiese lejano rumor de llanto. ¿Qué inventaria aquella mujer para hacerla sufrir? Todo su amor, aquel amor que áun le sorprendia, iba hácia la jóven como un apoyo y un consuelo. Jamas habia amado con tal encanto entre tanto sufrir. Sus ternuras de hombre ocupado, la misma Enriqueta, cuya posesion le enorgullecía, no eran más que pasatiempos agradables ó cálculo para buscar el placer aprovechable. Cuando salia de casa de sus queridas se mostraba como hombre libre y feliz, sin un recuerdo ni una alegría en el corazon. Ahora éste latia de angustia ; su vida no era suya, ni hallaba el olvido en el sueño sobre su lecho solitario. Dionisia le poseía siempre. Hasta en aquel momento no habia para él más que ella, y seguía á la otra con miedo á una escena desagradable.

Atravesaron la alcoba, silenciosa y vacía. Luégo empujó la señora Desforges una puerta, y entró en su gabinete, seguida de Mouret. Era una pieza bastante grande, revestida de seda y amueblada con un tocador de mármol y un armario de gran luna y tres cuerpos. Como la ventana daba al patio, estaba oscuro el gabinete y hubo que encender dos mecheros de gas, que alargaban sus brazos níquelados á uno y otro lado del armario.

— Vamos á ver — dijo Enriqueta — si arreglamos esto.

Al entrar vió Mouret á Dionisia de pié junto á la luz. Estaba muy pálida, modestamente vestida con un chaqué de cachemira y un sencillo sombrero. Tenía sobre un brazo el abrigo comprado en *La Dicha*. Sus manos temblaron cuando vió al jóven.

— Quiero que juzgue el señor — repitió Enriqueta ; — ayudadme, señorita.

Dionisia se acercó y la colocó el abrigo. En la primera prueba, puso tres alfileres, sin resultado, en los hombros. Enriqueta se miraba en el espejo.

—¿Es posible esto? Hablad francamente.

— En efecto, está un poco faltó — dijo Mouret para acabar pronto. — Pero es sencillo: esta señorita os toma medida y os hacemos otro.

— No, quiero éste, lo necesito en seguida — dijo ella vivamente ; — me está estrecho y me hace un pico detras del cuello.

Y añadió secamente :

— Con mirarme nó corregiréis los defectos, señorita. Buscad, haced algo : es vuestro oficio.

Dionisia comenzó á poner alfileres sin decir palabra. Aquello duró largo rato. Pasaba de un hombro á otro, y tuvo que arrodillarse para estirar el delantero del abrigo. La otra ponía la cara hosca de una querida difícil de contentar. Feliz con humillarla, la daba órdenes con voz breve, espiondo en el rostro de Mouret el menor pliegue nervioso.

— Un alfiler aquí... No, ahí no ; aquí, cerca de la manga. ¿Comprendéis? No es eso : ved, ya sale el bolsillo... ¡ Eh, cuidado, que me pinchais !

Dos veces trató en vano Mouret de intervenir para concluir la escena. Su corazon estallaba con la humillacion de su amor: amaba más aún á Dionisia ante su resignado silencio. Si las manos de la jóven temblaban un poco al verse tratada así delante de él, lo aceptaba como una necesidad del oficio, con la resignacion de una jóven valerosa.

Cuando comprendió la de Desforges que no se harian traicion, pensó en sonreír á Mouret, para tratarle como á su amante que era. Entónces faltaron alfileres.

— Buscad en la cajita de marfil, amigo mio, sobre el tocador. ¿Está vacía? Pues sed amable y mirad sobre la chimenea del cuarto ; ya sabeis, junto al espejo.



Y así le enseñaba como hombre que había dormido allí y que sabía el sitio del peine y del cepillo. Cuando trajo un puñado de alfileres, ella los tomó uno á uno, obligándole á estar de pié junto á ella, mirándole y hablándole como si Dionisia nó estuviese.

—Me parece que no soy jorobada. Tocadme en los hombros, por gusto. ¿Estoy yo hecha así?

Dionisia levantó lentamente los ojos, muy pálida, y siguió clavando alfileres.

Mouret sólo veía sus espesos cabellos rubios sobre su nuca delicada; pero su estremecimiento le hacía adivinar el malestar y la vergüenza del rostro de la jóven. Pensaba que le rechazaría otra vez enviándole con aquella mujer que no ocultaba sus relaciones ante los extraños. Sentía impulsos brutales, y de buena gana hubiera pegado á Enriqueta. ¿Cómo hacerla callar? ¿Cómo decir á Dionisia que la adoraba, que ella sola existía para él, y que la sacrificaba sus antiguas ternuras de un día? Una mujer perdida no hubiera gastado las familiaridades equívocas de aquella burguesa. Retiró la mano y retrocedió diciendo:

—No os obstineis, señora, puesto que el abrigo es corto.

Hubo un silencio, y en el ambiente tibio sólo se oyó el silbido agudo y ardiente de uno de los mecheros. Los espejos del armario enviaban sus vivos reflejos sobre el revestimiento de la pared, con las sombras de las dos mujeres. Un ramo de verbena exhalaba un perfume vago y apagado de planta que se seca.

—Hé aquí cuanto puedo hacer, señora —dijo Dionisia levantándose.

Se sentía casi sin fuerzas. Por dos veces se había pinchado en las manos, como cegada. ¿Era él del complot y la había hecho venir para hacerla ver que otras le amaban, y para vengarse de su negativa? Esta idea la helaba: no recordaba haber necesitado nunca tanto valor, ni aún en las horas terribles de su vida en que la había faltado el pan. No la irritaba la humillación, sino verle casi en brazos de otra como si ella no estuviese.

Enriqueta se miraba al espejo, y de nuevo estalló en palabras duras:

—¡Esto es una broma, señorita! Está peor que ántes. Ved cómo me sube el pecho. Parezco una nodriza.

Dionisia, agotada la paciencia, contestó:

—La señora es un poco gruesa, y no podemos hacer que lo sea ménos.

—¡Cómo, gruesa, yo!—dijo Enriqueta palideciendo á su vez.—Os volveis insolente, señorita.

Las dos se miraban frente á frente. Ya no eran ni dama ni oficiala. Sólo eran mujeres igualadas por la rivalidad. La una había tirado el abrigo sobre una silla, mientras la otra dejaba al azar sobre el tocador los alfileres sobrantes.

—Lo que me extraña—replicó Enriqueta—es que el señor Mouret tolere tamaña insolencia. Creía que erais más escrupuloso para vuestro personal.

Dionisia había encontrado su calma, y repuso dulcemente:

—Cuando el señor Mouret me tiene en su casa, es que nada tiene que reprocharme... Estoy pronta á presentaros mis excusas si él lo exige.

Mouret escuchaba sin hallar palabra que terminara la disputa. Tenía horror á aquellas explicaciones mujeriles, cuya aspereza pugnaba con su jovialidad. Enriqueta quería arrancarle una palabra que condenara á la jóven, y como él callaba, le hostigó con una injuria última:

—Está bien, caballero; es preciso que sufra en mi casa las insolencias de vuestras queridas, como esa jóven, que habréis recogido en el arroyo...

Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de Dionisia. Hacía rato que trataba de contenerlas, pero todo su sér cedió ante este insulto. Cuando él la vió llorar en vez de contestar con violencia, guardando su dignidad muda y desesperada, no dudó más; su corazón fué hácia ella con inmensa ternura, y tomándola las manos balbuceó:

—Idos pronto, hija mía, y olvidad esta casa.

Enriqueta les miraba llena de estupor.

—Esperad—siguió él, doblando por sí mismo el abrigo—lleaos esto. La señora comprará otro en otra parte. No lloreis; os lo ruego, pues ya sabeis lo que os quiero.

Y la acompañó hasta la puerta, que cerró en seguida. Enriqueta no había pronunciado una palabra; pero una llama rosada subió á sus mejillas, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Era la muerte de sus cálculos: se veía cogida en el lazo que preparara, y se arrepentía de haber llevado tan lejos las cosas, empujada por sus celos. ¡Verse abandonada por semejante criatura y desdeñada delante de ella! Su orgullo sufría más que su amor.



—¿Conque ésa es la jóven que amais?—dijo penosamente al verse solos.

Mouret no contestó al pronto. Andaba con lento paso, como presa de violenta emocion; se detuvo al fin, y con tono que quiso hacer frío, y con gran cortesía, dijo sencillamente:

—Sí, señora.

El mechero seguía silbando en el templado ambiente del gabinete. El espejo no reflejaba ya las sombras de las dos mujeres: la pieza parecía sola. Enriqueta cayó bruscamente sobre una silla, torciendo el pañuelo con los febriles dedos, y repitiendo entre sollozos:

—¡Dios mio, qué desgraciada soy!

Él la miró inmóvil un momento, y luégo salió tranquilamente. Ella siguió llorando sola ante los alfileres sembrados en el suelo.

Cuando Mouret entró en el saloncillo, sólo encontró á Vallagnosc: el Baron estaba con las señoras. Como áun se sentía emocionado, fué á sentarse en un canapé al fondo de la pieza, y al verle palidecer, vino Vallagnosc á ponerse caritativamente delante para ocultarle á miradas curiosas. Se miraron sin decirse palabra. Vallagnosc, á quien parecía divertir por dentro la turbacion de Mouret, le dijo zumbonamente:

—¿Te diviertes?

Mouret no pareció comprender al pronto. Pero al recordar sus antiguas conversaciones sobre la inutilidad de la vida, contestó:

—Sin duda; nunca he vivido tanto. No te burles, viejo mio; las horas más cortas son aquellas en que se muere de pena.

Bajó la voz, y siguió jovialmente:

—Sí, tú lo sabes todo, ¿verdad? Las dos me acaban de partir el corazon. Pero mira tú: las heridas que hacen son tan buenas como sus caricias. Estoy herido, no puedo más... pues no importa: no creerias cuánto amo la vida. ¡Oh! acabará por ser mia esa niña.

—¿Y luégo?—dijo simplemente Vallagnosc.

—¿Luégo? Pues será mia: ¿no es bastante? Si te crees fuerte porque rehusas sufrir, te engañas. Trata de que una sea tuya y consiguela, y ese minuto te recompensa de todo.

Vallagnosc exageraba su pesimismo. ¿Para qué tanto trabajar si el dinero no lo daba todo? Él hubiera cerrado el almacen y se hubiera tumbado á la larga sin mover un dedo, en el momento en que hubiese visto que los millones no compraban la mujer

deseada. Mouret se puso serio al oírle, y luégo dijo, pensando en el poder de su voluntad:

—Yo la quiero y la tendré: esto es muy sencillo, y si no la consigo, tu verás qué monumento levanto para curarme. Será soberbio... Tú no entiendes este lenguaje; pero ántes sabías que toda accion llevaba en sí su premio. Obrar, crear, luchar con los hechos y vencer ó ser vencido... todo el placer y la salud humana están ahí.

—Un modo de aturdirse—murmuró el otro.

—Pues bien, prefiero aturdirme. Muerte por muerte, prefiero morir de pasion que de hastío.

Ambos rieron porque recordaron sus discusiones del colegio. Vallagnosc, con voz blanda, prefería el descanso. Se complacia en el silencio y vacío de su existencia. Se aburriría mañana en el Ministerio cómo se aburrió ayer: en tres años había ascendido seiscientos francos. Tenía tres mil seiscientos de sueldo: para fumar casi. Aquello era cada vez peor, y no se había matado ya, por cobardía, por no sufrir. Mouret le habló de su boda con la señorita de Boves, y dijo él que la obstinacion de la tía en no morir se había echado á perder el negocio. Así se ponía de acuerdo con sus parientes. ¿Para qué querer ó no querer, si las cosas no salen como se desea? Citaba como ejemplo al señor de Boves, que creyó encontrar en la señora Guibal una rubia indolente, el capricho de una hora, y que se encontró con que le manejaban como un caballo viejo de quien se quieren utilizar las últimas fuerzas. Miéntas le creían con los sementales de Saint-Lô, ella acababa de devorarle en una casita alquilada en Versalles.

—Es más feliz que tú—dijo Mouret levantándose.

—¡Él! desgraciadamente... Tiene lo que desea—contestó el otro.

Mouret estaba ya sereno. Pensaba en irse, pero sin que pareciese su marcha una fuga. Resolvió tomar una taza de té, y entró hablando en el salon con su amigo. El Baron le preguntó si estaba ya el abrigo, y contestó, sin turbarse, que renunciaba á él por su parte. El Baron sofocó una exclamacion. Miéntas la señora Marty se apresuraba á servirle, la de Boves acusaba al almacen de tener siempre trajes estrechos. Pudo sentarse, al fin, junto á Bouthemont, que no había hablado. Se les olvidó, y á las inquietas preguntas de éste, deseoso de saber qué tenía que decirle, no esperó á la salida para comunicarle que los del Consejo de la Direc-